

POEMA EN PROSA

LA NIÑA

Para MEFISTÓFELES

Había muerto la niña. Tendida blanca y pura en su camita, como un copo de nieve sobre un lecho de azucenas y nardos, dormía su sueño último, en la gran paz del mediodía vernal. Y todo era sonrisas el verano que se entraba por las ventanas abiertas de la estancia. Era todo alegría el sol juguetón, el piar de los gorriones que llegaba de la calle luminosa, el trozo azul de cielo que se asomaba sonriente para ver á la niña dormir, las albas paredes de la habitación en que dormía la muertecita.

Tan solo en los pechos humanos habitaban, huéspedes sombríos, el dolor y pena, matrimonio inseparable y negro que se obstina eternamente en tomar por morada el sin ventura corazón del hombre. Lágrimas había en los ojos de las mujeres, sordo pesar en el pecho del padre, en tanto que la naturaleza entera regocijábase, perennemente joven, con su secular regocijo majestuoso, de que hubiese tornado á ella el bello cuerpecito de la niña muerta.

Y sol, aves, cielo, parecían cantar, sin que humanos oídos los entendiesen: «¿Por qué llorar? ¿Por qué padecer? Feliz la que murió sin conocer la vida, sin probar sus miserias, sus trabajos atroces, sus terribles desconsueltos.

Felices los ojos de ella, cerrados antes de haber visto de cerca la maldad del mundo; felices sus labios, que se cerraron para siempre sin haber tenido tiempo de apurar los cálices envenenados; mil veces feliz su corazón virginal, que cesó de latir antes de que hubiese podido apresurar sus palpitaciones ninguna de las tristes pasiones de su especie! ¡Feliz ella, en verdad; regocijaos por ella, que murió pura y brevemente, como las flores sus hermanas! Regocijaos....

Así cantaba la naturaleza; pero los hombres, ciegos y sordos, no la comprendían. Y el llanto corría por las mejillas, llanto de error y egoísmo que en vano matizaban con su luz los rayos del sol esplendente. Pero, en tanto la niña muerta sonreía enigmáticamente á lo alto, las manecitas cruzadas, en actitud de dulce y risueño abandono, semejava contestar á la naturaleza, tranquila y unánime como ella misma:

Tienes razón, madre eterna, y yo me alegro como tú de haber tornado á tí. Tú eres verdadera y amorosa, madre inmortal.... déjame dormir en tu regazo...

Luis RODRIGUEZ EMBIL.



A LA ORACIÓN

Qué pobres, oh poetas,
las elegías
eco de vuestras largas
tribulaciones.
¿Como rimar las hondas
melancolías
que en el alma despiertan
las «oraciones»?

Escuchad en los valles
cuando anochece,
la sonora queja
de la campana.
Cada sollozo suyo
cantar parece,
miserias de la torpe
codicia humana.
Los que del vano mundo
no alzais el vuelo,